

fué derecho á buscar. Cuando ya cerca uno de otro llegaron en su marcha, Marte el primero su lanzon enorme dirigió por encima la cabeza de los bridones, deseando mucho al Aquivo matar; mas con su mano cuidosa Pálas del astil asiendo, del carro le alejó, para que inútil el golpe fuera de la pica. El bravo Diomédes el segundo con la suya al Dios acometió; pero Minerva, el astil empuñando poderoso, y al ijar dirigiéndole, hácia donde con ancho correon ceñido estaba el fiero Marte, y empujando firme, le clavó allí la pica, y el hermoso cútis le desgarró. Sacó la Diosa el asta de la herida, y furibundo Marte bramó, cual si clamor alzasen horrisono á la vez nueve mil hombres ó diez mil, que empezaran la pelea, y atónitos, Aqueos y Troyanos cayeron en temor: tanto bramaba, viéndose herido, de la guerra el Númen.

Cual la nube aparece tenebrosa que en la ardiente canícula levanta el viento abrasador impetuoso; tal parecia de Tideo al hijo el férreo Marte, que de niebla oscura iba cercado al anchuroso cielo.

Llegó pronto á las cumbres del Olimpo, á la eterna mansion de las Deidades, y la sangre inmortal que de la herida derramaba, mostrando al padre Jove y á su lado sentándose afligido, así decia en doloroso acento:  
 «¿Y no te indignarás, oh padre Jove, viendo tan horrorosos atentados?  
 »Siempre los Dioses tolerado habemos  
 »atroces males que en discordia eterna  
 »unos con otros nos hacemos duros  
 »sólo por agradar á los mortales;  
 »pero tú eres la causa de esta lucha,  
 »por haber engendrado una furiosa  
 »y petulante jóven, ocupada  
 »siempre en hacer abominables hechos.  
 »Los otros Dioses que el Olimpo habitan,  
 »dóciles á tu voz todos se rinden,  
 »y están sujetos á tu mando todos;  
 »sólo á Minerva ni tu voz contiene

»ni tu poder; y porque padre fuiste  
 »y madre de esa furia al mismo tiempo,  
 »sueñas la rienda á su furor insano.  
 »Y ella fué la que ahora al orgulloso  
 »Diomédes animó, para que ardido  
 »lidiara con los Dioses inmortales.  
 »A Vénus la primera hirió en la mano;  
 »y á mí despues, como si Dios él fuese,  
 »acometió furioso, y mis ligeros  
 »piés me salvaron; que sufrido hubiera  
 »largo tiempo agudísimos dolores,  
 »y en medio de montones sepultado  
 »yaciera de cadáveres, ó vivo  
 »si quedaba tal vez, del duro hierro  
 »á los golpes, la fuerza perderia.»

Con torva faz mirándole, el Saturnio Júpiter respondió: «No así, asentado  
 »cerca de mí, con lastimeras voces  
 »tu desgracia lamentos. ¡Inconstante!  
 »Odioso me eres tú más que ninguna  
 »de las Deidades que el Olimpo habitan;  
 »porque sólo te gozas en las guerras,  
 »y lides, y rencillas. De tu madre  
 »Juno la altivez tienes, que insufrible  
 »ella es y pertinaz, y apenas puedo  
 »con mi voz sujetarla. Ella ha mandado  
 »á Pálas y Diomédes que te hieran.  
 »Mas pues de mí naciste y eres fruto  
 »del amor conyugal, no por más tiempo  
 »permitiré que dolorosa herida  
 »sufriendo estés. Si tú nacido hubieses  
 »de cualquier otro Dios, y tan malvado  
 »fueras, hace ya tiempo que estarias  
 »en caverna más honda que los hijos  
 »de Urano.» Así decia el padre Jove;  
 y llamando á Peon, que le curase mandó. Peon en la profunda herida bálsamos derramó que los dolores mitigaran, y Marte fué curado; que á morir no nació. Como á la blanca y ántes líquida leche amargo jugo prontamente coagula, si agitado sin cesar fuere; con igual presteza la herida se cerró, y la hermosa cútis Hebe lavó. Tomó su vestidura brillante el Dios, y se asentó glorioso cerca del padre Jove; y al palacio volvieron eternal Pálas y Juno, luego que Marte en el estrago horrible hicieron que cesara de los hombres.

## LIBRO SEXTO

### ARGUMENTO

*Los dioses se separan del combate, y siguen los mortales su debate. Hector á Troya va, porque su hermano un consejo le da prudente y sano; y despues se despide de su esposa, mostrando su ternura cariñosa.*

**S** OLOS quedando ya Teucros y Aquivos, por una y otra parte en la llanura que entre el Símois y el Jantose dilata, el combate seguia, y los guerreros con poderoso brazo el uno al otro los herrados astiles se arrojaban.

Ajax de Telamon, de los Aquivos antemural, rompió de los Troyanos la falange el primero, y á los suyos hizo que amaneciese la esperanza,

á un adalid matando que de todos los Tracios era el campeón más fuerte: Acamante de Eusoro, alto de talla y sin igual valiente. En la cimera que de crin de caballo guarnecía alto penacho, con aguda lanza le hirió, y la frente la acerada punta atravesando, por el duro hueso penetró en lo interior de la cabeza, y oscura sombra le cubrió los ojos.

Y despues el valiente Diomédes mató tambien á Asilo de Teutrano, que en Arisbe vivia la opulenta y en ricas posesiones abundaba, de todos bien querido, porque á todos

benéfico hospedaba en el palacio que á la orilla tenía del camino. Pero ninguno de los muchos héroes que él hospedara, de la triste muerte entónces le libró ni á su defensa acudió generoso, y Diomédes le privó de la vida. Al escudero que el carro y los caballos dirigia mató tambien (Calesio era su nombre), y á la oscura region los dos bajaron.

Despojó de la vida y de las armas Eurialo á dos fuertes campeones, Dresos y Ofeltio; y en veloz carrera en busca fué de Esepo y de Pedaso, de la Náyade hermosa Abarbarea y de Bucolion ambos nacidos. Bucolion del claro Laomedonte era el hijo mayor, pero bastardo; y miéntras el ganado apacentaba se enamoró de la gallarda ninfa, y dos gemelos de su amor el fruto fueran, y entónces vida y armadura el hijo les quitó de Mecisteo.

El alto y corpulento Polipétes á Astialo mató; el sagaz Ulises

á Pidítes Percosio con su lanza  
quitó la vida. Aretaon á manos  
de Teucro pereció, y el valeroso  
Ablero á las de Antíloco. El Atrida  
Agamenon, caudillo de las tropas,  
hirió también á Elato, que habitaba  
en Pédaso, fundada en una altura  
á la orilla del Sátniois caudaloso.

A Fílico en la fuga el héroe Leito  
mató; á Melantio vida y armadura  
Eurípilo quitó, y Adrasto vivo  
cayó en poder del fuerte Menelao.  
Desbocados del Teucro los bridones,  
por el llano corrian, y en las ramas  
de un tamariz habiéndose enredado  
los tirantes, el carro por la punta  
rompieron del timon, y desuncidos,  
á la ciudad marcharon con los otros  
que en pavorosa fuga se volvían.  
Volcóse el carro, y desde el alto asiento  
cayó Adrasto de cara sobre el polvo  
junto á la rueda, y con su larga pica  
se acercó Menelao; pero al verle  
el Teucro, sus rodillas abrazando,  
así en doliente voz le suplicaba:

«Otórgame la vida, hijo de Atreo,  
y tu cautivo sea, y un rescate  
digno recibirás. Alhajas muchas  
se guardan todavía en el tesoro  
de mi opulento padre, mucho bronce,  
y oro también, y refulgente hierro  
labrado con primor; y te daría  
de estas riquezas él lo que pidieses  
por mi rescate, si á saber llegara  
que vivo estoy en las aquivas naos.»

Así el Teucro rogaba, y el Atrida,  
á compasión el corazón movido,  
á ponerle iba ya de su escudero  
en manos y á mandar que por esclavo  
á las naves aqueas le llevara;  
pero en su busca Agamenon corriendo,  
llegó y le dijo en iracundas voces:

«¡Oh bueno en demasía, Menelao!  
¿por qué así perdonar á los perjuros?  
¿olvidaste el agravio que á tu casa  
hicieron y á tu honor? Ninguno de ellos  
si en nuestras manos á caer llegare,  
la muerte á que los hados le destinan  
evite, y hasta el niño que en el vientre  
lleva la madre, ni aún allí se libre.

»Cuantos encierra de Ilión el muro  
»todos acaben; ni llorados sean,  
»ni la memoria de su nombre quede.»

Así habló Agamenon, y de su hermano  
torció la voluntad, la antigua ofensa  
recordando á su enojo. Al infelice  
cautivo con su diestra Menelao  
de sí alejó, y Agamenon el pecho  
le pasó con su lanza. Cayó en tierra  
de espaldas el Troyano, y el Atrida,  
fijando en el cadáver la robusta  
planta, sacó la pica. Al mismo tiempo  
Néstor á los aquivos escuadrones,  
levantando la voz, así animaba:

«¡Alumnos de Mavorte! ¡heróicos griegos!  
»¡amigos! ya ninguno atrás se quede  
»á recoger despojos, ni á las naves  
»vuelva cargado de riqueza. Ahora  
»sólo pensemos en matar Troyanos,  
»y acabada la lid, podreis vosotros  
»los muertos despojar en la llanura.»

Con estas voces inspiró á las tropas  
osadía y valor. Y los Troyanos  
al ímpetu cedieran de los Griegos,  
y en vergonzosa fuga presurosos  
corrieran á encerrarse en sus murallas,  
si viéndolo el mejor de sus augures,  
Heleno, hijo de Priámo, no hubiese  
hablado así oficioso con Enéas  
y con Héctor, parándose á su lado:

«¡Héctor y Enéas! de la guerra el peso  
»pues los dos sosteneis más que ninguno  
»de los Teucros y Licios, y sois ambos  
»de los Príncipes todos los primeros  
»ya en el consejo sea, ya en las lides,  
»deteneos aquí, y á las escuadras  
»delante de los muros en la fuga  
»contened, recorriendo las hileras,  
»antes que la salud en el regazo  
»busquen de sus esposas y la burla  
»del enemigo sean. Y nosotros,  
»cuando ya vuestra voz á las escuadras  
»valor haya infundido y osadía,  
»aquí peharemos con los Dánaos,  
»aunque ya enflaquecidos nos hallemos;  
»que la necesidad valor inspira.  
»¡Héctor! en tanto á la ciudad tú vuelves,  
»y á tu madre y la mía dí que junte  
»las ilustres matronas, y con ellas  
»á lo más alto del alcázar suba

»al templo de Minerva. Y con la llave  
»la puerta abriendo del lugar sagrado,  
»ponga á los pies de la Deidad terrible  
»el manto más brillante y anchuroso  
»de los que tenga en casa y el que fuere  
»por ella máspreciado, y la prometa  
»doce vacas de un año y no domadas  
»sacrificarla luego si apiadarse  
»quiere de la ciudad y las esposas  
»de los Troyanos y sus tiernos hijos,  
»y alejar de Ilión á Diómédes,  
»feroz guerrero, que poner en fuga  
»al enemigo sabe en la pelea.  
»Yo por el más valiente de los Dánaos  
»le tengo, ni jamás hemos temido  
»á Aquiles tanto, el adalid famoso  
»que ser hijo nos dicen de una Diosa.  
»Será; mas éste cual rabiosa furia  
»nos sigue, y nadie en el valor le iguala.»

Así el augur decía, y sus avisos  
Héctor no despreció. Saltó ligero  
del carro, sin quitarse la armadura;  
y blandiendo su pica, las escuadras  
recorrió y á que firmes peleasen  
las animaba, y la terrible liza  
con más ardor se comenzó de nuevo.

Volvieron los Troyanos de la fuga  
é hicieron todos frente á los Aquivos,  
y éstos retrocedieron y cesaron  
en la matanza ya; que habiendo visto  
á los Teucros volver, imaginaban  
que alguno de los Dioses inmortales  
del estrellado cielo á socorrerles  
bajado había. Y á sus tropas Héctor,  
en alta voz gritando, así animaba:

«¡Impávidos Troyanos, y vosotros  
»valientes auxiliares que de tierras  
»tan lejanas vinisteis! Este día  
»sed varones, amigos, y acordaos  
»del antiguo valor; mientras yo subo  
»á Ilión y á los padres de familia  
»aconsejo, y á todas las matronas,  
»que rueguen á los Dioses y prometan  
»víctimas inmolar en sus altares.»

Dijo, y marchó con paso presuroso,  
y la negra correa de que orlado  
el cóncavo broquel en torno estaba,  
en redoblado golpe, los tobillos  
y el cuello le batía sonora.

Glauco despues, esclarecida prole

de Hipóloco, y el hijo de Tideo  
en la breve llanura que mediaba  
entre Aquivos y Teucros se encontraron,  
de pelear ganosos. Cuando cerca  
estuvieron los dos, así Diómédes  
dijo primero al campeón de Licia:

«¿Quién eres, oh valiente, y de qué padre  
»naciste? Yo jamás en las batallas  
»te he encontrado hasta aquí, y hoy atrevido  
»mucho de tu escuadrón te adelantaste.  
»Y demasiado en tu valor confías,  
»pues así esperas de mi lanza el bote;  
»que nacieron de padres infelices  
»los que conmigo á batallar se atreven.  
»Si acaso eres un Dios y desde el cielo  
»bajaste, yo con los eternos Dioses  
»no ya combatiré. Porque ni el hijo  
»de Eriante, el intrépido Licurgo,  
»que á una sola Deidad hizo la guerra,  
»larga vida vivió desde que necio  
»se atrevió á perseguir á las nodrizas  
»de Baco, que sus orgías celebraba  
»en los montes de Nisa; y todas ellas,  
»los tirsos arrojando por el suelo,  
»huían temerosas, acosadas  
»por el cruel Licurgo y mal heridas  
»con la dura correa. El mismo Baco  
»huyó también, y al piélagos espumoso  
»saltó azorado, y en su seno Tétis  
»le recibió; que mucho la amenaza  
»él temía del Rey. Los eternals  
»Dioses contra el impío se indignaron,  
»y el hijo poderoso de Saturno  
»le privó de la vista, y desde entonces  
»breve fué su vivir; que aborrecido  
»llegara á ser de las Deidades todas.  
»Así, yo no querría con los Dioses  
»pelear bienhadados. Mas si fueres  
»uno de los mortales que alimenta  
»con sus frutos la tierra cultivada,  
»á mí te acerca ya, para que pronto  
»á los términos llegues de la vida.»

Glauco le respondió: «¿Por qué deseas  
»mi linaje saber? Como las hojas  
»de los árboles nacen y perecen,  
»así pasan del hombre las edades;  
»que unas hojas derriban por el suelo  
»los vientos del otoño y otras cria  
»la selva al florecer, y ufanas crecen  
»al aliento vital de primavera;

»y las generaciones de los hombres  
 »así son: esta nace, aquella muere.  
 »Si mi linaje conocer deseas,  
 »aunque es de muchos hombres conocido,  
 »yace al extremo de la fértil Árgos  
 »de Éfira la ciudad; habitó en ella  
 »Sísifo, el más sagaz de los mortales  
 »y de Éolo nacido; tuvo á Glauco  
 »por hijo, y Glauco tuvo al tan famoso  
 »Belerofonte, y á éste las Deidades  
 »fueron propicias, y al nacer le dieron  
 »envidiable valor, belleza rara.  
 »Mas Preto, que de todos los Argivos  
 »era el más poderoso, porque Jove  
 »á su cetro y poder los sujetara,  
 »su muerte rencoroso deseando,  
 »de Éfira le alejó. La hermosa Antea,  
 »que de Preto era esposa, por el héroe  
 »ardía en torpe amor y en clandestino  
 »lazo con él unirse deseaba;  
 »pero rendir el corazón no pudo  
 »del virtuoso jóven. Y ofendida,  
 »alto crimen fingiendo, así al esposo  
 »y Rey habló con fementido halago;  
 »*Resúélvete á morir, amado Preto,*  
 »*ó mata al criminal Belerofonte;*  
 »*que en su loca pasión forzarme quiso*  
 »*el tálamo nupcial á que manchase.*  
 »Así dijo, y del Rey al escucharla  
 »se apoderó la cólera. La vida  
 »no se atrevió á quitarle por su mano,  
 »que el temor de los Dioses le contuvo;  
 »pero le envió á la Licia, y bien cerrada  
 »triste carta le dió donde escribiera  
 »calumnias en su daño; y á su suegro  
 »le mandó que en llegando la mostrara,  
 »para que éste su muerte procurase.  
 »Partió Belerofonte, por la diestra  
 »de los Dioses guiado; y á la Licia  
 »y del Janto á las rápidas corrientes  
 »llegado habiendo, con afable rostro  
 »el Rey le recibió y en el alcázar  
 »hospedado le tuvo nueve días,  
 »número igual de bueyes degollando  
 »para el banquete. Cuando ya la aurora  
 »el décimo anunció. de su venida  
 »le preguntó el motivo, y que mostrase  
 »la carta le pidió que de su yerno  
 »el Rey Preto traía. Cuando visto  
 »hubo el anciano la funesta carta,

»mandó á Belerofonte lo primero  
 »que la vida quitase á la invencible  
 »Quimera, horrible monstruo que los Dioses  
 »y no padres mortales engendraron.  
 »Cabeza de leon, cuerpo de cabra,  
 »y negra cola de dragon tenia,  
 »y vivo fuego respiraba ardiente;  
 »pero él, fiado en favorable auspicio  
 »de los eternos Dioses, en su busca  
 »marchó animoso, y consiguió matarla.  
 »Cespues le mandó el Rey que pelease  
 »con los fuertes Solimos, y decía  
 »el héroe que esta fué la más terrible  
 »de las batallas que ganó su diestra.  
 »Luego á las varoniles Amazonas  
 »venció tambien; y cuando ya volvía,  
 »otro riesgo con ánimo doloso  
 »el Rey le preparó. Porque escogiendo  
 »de la anchurosa Licia los mejores  
 »y más fuertes soldados, en celada  
 »los ocultó; pero ninguno de ellos  
 »á su casa volvió, que en la pelea  
 »mató á todos el gran Belerofonte.  
 »Conociendo ya el Rey que de la clara  
 »estirpe de algun Dios era nacido,  
 »á su lado le tuvo y por esposa  
 »su hija le concedió, gallarda jóven,  
 »y con él en su imperio dilatado  
 »el honor repartió de la diadema.  
 »Los pueblos de la Licia numerosas  
 »heredades tambien le separaron  
 »que á todas las demas aventajaban,  
 »de tierras de labor y de frondosos  
 »arbolados compuestas y viñedos,  
 »para que como suyas las labrase.  
 »Tuvo Belerofonte de su esposa  
 »dos hijos y una hija, y se llamaron  
 »Hipolico é Isandro los varones,  
 »y la mujer Laodamia; y en secreto  
 »amado fué de Júpiter, y tuvo  
 »al valeroso Sarpedon por hijo.  
 »Cuando tambien en su vejez el héroe  
 »odioso llegó á ser á las Deidades,  
 »por los campos Alesios tristemente  
 »el mísero vagando, devoraba  
 »su propio corazón y de los hombres  
 »evitaba las huellas. De sus hijos,  
 »Isandro en una guerra, combatiendo  
 »con los Solimos, pereció; que Marte  
 »le mató por su mano, y á Laodamia

»envidiosa Diana con sus flechas  
 »hirió tambien. Hipóloco es mi padre,  
 »y á Troya me ha enviado, y cual prudente  
 »me encargó que animoso peleara  
 »en el valor á todos excediendo,  
 »y que no deshonrara de mis padres  
 »la alcurnia esclarecida, porque todos  
 »mis abuelos valientes adalides  
 »en Éfira y en Licia se mostraron.  
 »De esta familia, pues, porque lo sepas,  
 »de ser yo me glorío y de esta sangre.»  
 Así Glauco decía, y Diómédes  
 se alegró al escucharle, y en el suelo  
 el regaton clavando de la pica,  
 así le dijo en cariñosas voces:

«Eres, no hay duda, mi paterno huésped  
 »y amigo; porque Eneo el poderoso,  
 »al gran Belerofonte en su palacio  
 »hospedó siendo jóven y le tuvo  
 »consigo veinte días, y se hicieron  
 »magníficos regalos uno al otro  
 »que su hospitalidad atestiguasen.  
 »Eneo dió de púrpura á su huésped  
 »vistoso tahalí; Belerofonte  
 »á Eneo dió la primorosa copa  
 »de oro macizo y circular figura  
 »que yo al venir aquí dejé en mi casa.  
 »De mi padre Tideo ni áun memoria  
 »conservo ya; que me dejó muy niño  
 »cuando en Tébas la hueste de los Griegos  
 »pereció toda. Pero yo tu huésped  
 »y amigo soy en Árgos; y tú en Licia  
 »lo eres mio tambien, si vez alguna  
 »yo viajare por el ancho pueblo  
 »de los Licios. Así, no combatamos  
 »cuerpo á cuerpo los dos, ni en el confuso  
 »tumulto de las armas nos busquemos.  
 »Muchos Troyanos y auxiliares tengo  
 »yo con quien pelear, á aquel matando  
 »que algun Dios me depare y yo corriendo  
 »logre alcanzar, y tú muchos Aquivos  
 »tienes tambien para quitar la vida  
 »al que puedas. Troquemos la armadura,  
 »y vean todos que el honor preciamos  
 »de que nuestros abuelos nos dejen  
 »su amistad en herencia y su hospedaje.»

Así los dos hablaban, y veloces  
 de los carros á tierra descendieron,  
 y dándose la mano, cariñosos  
 la fe del hospedaje se juraron.

Y Júpiter á Glauco en aquel día  
 privó de la razon, porque las armas  
 trocando con el hijo de Tideo,  
 dió por unas de bronce que valian  
 nueve bueyes no más, las suyas de oro  
 que el valor igualaban de cien bueyes.

Cuando á las hayas de la puerta Escea  
 Héctor llegó, corriendo á encontrarle  
 las hijas y mujeres de los Teucros;  
 y cercándole todas, preguntaban  
 por sus hijos y hermanas, sus amantes  
 y sus esposos. Se detuvo el héroe,  
 y mandó que á los Dioses suplicaran  
 una en pos de otra; porque á muchas de ellas  
 con dolorosas pérdidas entónces  
 amenazaba el Hado inexorable.

De Príamo el alcázar suntuoso  
 sobre labrados pórticos se alzaba;  
 y tálamos cincuenta en él habia,  
 cerca el uno del otro y fabricados  
 de finísima piedra, en que los hijos  
 del Rey con sus esposas habitaban,  
 y dentro el atrio, y á la parte opuesta,  
 se vian otros doce que los yernos  
 ocupaban tambien con sus mujeres.  
 A este palacio cuando el héroe vino,  
 le salió al paso su afligida madre,  
 que entónces en la estancia de Laodice  
 entraba, de sus hijas la más bella.  
 Y de la mano asiéndole y su nombre  
 repitiendo, le habló, y así decía:

«¡Hijo mio! ¿por qué la triste guerra  
 »abandonando, á la ciudad viniste?  
 »Sin duda que los hijos de los Griegos,  
 »¡aborrecido nombre! nos estrechan  
 »en torno á las murallas peleando,  
 »y el alma te inspiró que así vinieras  
 »á suplicar al poderoso Jove.  
 »Mas espera te traiga dulce vino  
 »con la libacion hagas primero  
 »á Jove y á los otros inmortales,  
 »y puedas reparar tambien las fuerzas  
 »gustándole; que el vino á los guerreros,  
 »si vienen del combate fatigados,  
 »el vigor restituye, como ahora  
 »á tí, que mucho en la comun pelea  
 »te cansaste, la patria defendiendo.»

Y triste el héroe respondió á su madre:  
 «¡Madre mia! no el vino delicioso  
 »traigas, no sea que el vigor me quite;